

EL APRENDIZ



PABLO POVEDA

Han pasado diez años desde que León abandonó Varsovia, pero ha llegado el momento de volver. Sin embargo, Europa ha cambiado: una revolución calienta las calles y el español caerá atrapado en ella sin desearlo.

La historia responde simplemente a la pregunta:
¿por qué?
Ryszard Kapuscinski

Nota a los lectores:

10 de mayo de 2016.

Este libro está basado en hechos ficticios.

Nada de lo escrito en estas páginas está basado en hechos reales.

Actualmente, el país vive un momento delicado, situación que, en ningún momento, consideré posible cuando comencé a escribir *El Profesor*.

Al parecer, en ocasiones, la realidad supera a la ficción.

Capítulo 1

La estación de tren vacía, deteriorada y atemporal. Una lata de Coca-Cola aplastada y descolorida rodó hasta sus pies. Dio varios pasos por el andén, sosteniendo un billete de tren en la mano. Un cartel oxidado anunciaba en cirílico el nombre del pueblo: Pastavy.

Diez años sin salir de aquel maldito lugar.

Una década sin saber dónde se encontraba.

Al comprar el billete, solo pudo decir un nombre: Varsovia.

Pastavy era un lugar gris y austero, sin mucho que hacer más que existir. Una población pequeña de la vieja Bielorrusia. El muro soviético había caído tiempo atrás, pero en las cabezas de sus habitantes seguía existiendo un modo de vida triste y falto de ambición, afín al miedo, al secretismo, la omisión de hechos y la monotonía.

Cavilando, las palabras en ruso se entremezclaban con el español que, curiosamente, había mantenido intacto gracias a una versión castellana de la Biblia. Un tomo que contenía un plan, una venganza, un millar de ilusiones perdidas, de formas de acabar con cada uno de los miembros de la familia Komarnicki.

Pero la espera llegó a su fin.

León supo que algún día lo haría, que todo tenía principio y final, como esos principios zen que tanto había leído. La luz de su túnel tenía forma de tren. Estaba preparado.

De pronto, una intensa ráfaga de frío helado lo obligó a protegerse en el interior de una tienda.

En el establecimiento, un hombre con los dedos manchados de grasa, sostenía un cuchillo mientras buscaba la forma de reparar un cajón de madera.

—¿Quiere algo, señor? —dijo el tipo. Su rostro, como el de la mayoría, marcado, enrojecido, dejando al trasluz las cicatrices de un pasado doloroso.

—Dame una botella de vodka —dijo León. El tipo lo miró de reojo ya que, en el idioma local, pese a carecer de educación, se seguían manteniendo las formalidades—: Y un paquete de Pall Mall.

El hombre meció su pelo graso y movió la barriga al caminar. Sacó una cerveza del mostrador, dio un trago y movió su bigote amarillento. Después puso la botella de vodka en la superficie.

Se miraron a los ojos en silencio, León pagó, metió la botella en su abrigo de paño y salió al andén sin decir adiós. No le gustaban las despedidas, aunque fueran con desconocidos.

Quitó la rosca y dio un largo trago.

El líquido lo atravesó ardiendo en su garganta.

Jamás se acostumbraría.

No obstante, cargar con una botella de vodka siempre ayudaba, ya fuese para calmar el frío o la visita de algún indeseable.

Miró el viejo reloj allí colgado, el cual se movía despacio, pegado a la pared frontal de la estación. Un reloj análogo, anacrónico, deteriorado, como todo lo que había por allí, como él, como la vida en sí. León se planteó cómo sería el mundo de entonces, diez años después de haberlo dejado atrás. Tenía la certeza de que las cosas habrían cambiado, aunque le aterraba pensar hasta qué límites. Una década no era demasiado, según cómo se observara, pero sí suficiente para perder la cordura.

La Tierra era un lugar curioso, pensó dando otro trago. Recordó pasajes de su vida, más joven, en España. La ignorancia de cómo serían las cosas más allá de Alemania. No

tenía ni la más remota idea. León tendía a pensar que todo funcionaba de un modo similar, todo para todos. Qué ingenuo, se dijo. Aquel lugar era una muestra de ello, del retraso económico, de la desigualdad, de las distintas formas de vida. Aquel lugar era un resquicio del comunismo, con sus normas ya establecidas, y lo que allí sucedía tenía un por qué, una razón de causa que nadie se atrevía a discutir.

No conocían otra cosa y se habían acostumbrado a ello.

La conformidad siempre fue una flaqueza del hombre.

En diez años, la única pieza de tecnología reciente a la que había tenido acceso, había sido un teléfono móvil antiguo. Los ordenadores de la biblioteca municipal aún funcionaban con conexiones de banda estrecha y su acceso era limitado. No estaban permitidas las reuniones en la calle, ni los diarios independientes. Los propios habitantes eran los que denunciaban aquello. La cultura era un bien oculto que solo algunos poseían, intercambiando discos en el mercado negro, libros usados, importados en otros idiomas, copias de cintas de vídeo antiguas dobladas al lituano. El filtro de la censura permanecía latente tras los años, pero nadie hablaba de ello.

Sin embargo, su localización no era tan mala. León se dio cuenta de que podría cruzar la frontera desde allí. Existía un pacto entre naciones en la que permitía, a los habitantes de los municipios fronterizos, cruzar las fronteras por tiempo limitado. Su cercanía con Lituania, era el pasaporte a la libertad: un tren de paso que unía la capital bielorrusa con la lituana.

Durante mucho tiempo, León había estado atrapado en una jaula sin aparente cerrojo.

El motivo más grande por el que permaneció diez años fue la falta de identidad. Gracias a los ordenadores de la Biblioteca, había tenido tiempo para descubrir su pasado. Encontró las cronológicas del día de su defunción, sus cuentas de correo electrónico antiguas habían cambiado de dueño. Ninguna de las contraseñas funcionaba.

Fue cuando entendió que no sería fácil volver a ser él fuera de las paredes de su mente.

No había tiempo para lamentos.

Se prometió a sí mismo que jamás volvería a lamerse las heridas del pasado, a pensar en su familia y arrepentirse por lo ocurrido, y por lo tanto, debía construir su propia identidad, una identidad nueva que lo convirtiera en otra persona totalmente diferente.

Tenía tiempo y estaba dispuesto a esperar, pero la práctica requería paciencia y reflexión. Cambiar su aspecto le llevaría meses, quizá años, así como construir su propia historia, pero no le urgía. Si Pastavy se caracterizaba por algo, era que nunca sucedía nada extraño. Con un poco de observación, podía anticiparse a todo, a todos.

Allí no todo era tan malo.

La podredumbre y la austeridad que lo rodeaba, tampoco le daban problemas sino ventajas. Concentrarse en vivir el momento y comenzar desde cero, ladrillo a ladrillo, mientras que el resto de los hombres del pueblo se emborrachaban con alcohol barato y abofeteaban a sus mujeres. Un sistema corrompido por el propio vicio que lo mantenía todo en un equilibrio desolador, siempre y cuando nadie metiera las narices en la casa ajena.

Un ferrocarril se acercaba lentamente a la estación. Dio un largo suspiro y se aseguró de que fuese el suyo.

No podía creerlo. En cuestión de minutos, todo habría terminado.

Miró a su alrededor y encontró hombres vestidos con chaquetas de cuero negras y pantalones vaqueros descoloridos. Todos cortados por el mismo patrón. Unos años más allí y se habría convertido en uno de ellos.

Sin embargo, sus recuerdos estaban intactos.

Una vida no era suficiente para olvidar cómo había empezado todo.

Primero fue el golpe en la estación de París.

No supo cuánto tiempo permaneció drogado.

Después, despertó en el maletero de un todoterreno con ventanas oscuras y dos hombres vestidos de negro, espalda ancha y sin cuello, lo arrastraron hasta una granja. Hablaban polaco, aunque difícilmente entendía algo.

La cabeza le daba vueltas tras el golpe que había recibido en la estación francesa. Una herida seca en lo alto del cogote y una resaca dolorosa tras la sacudida.

Allí en la granja, un hombre maloliente y con las manos manchadas comenzó a discutir con los hombres polacos. Hablaban en ruso.

Al poco, aparecieron los restos de la familia, todos con los mismos rasgos que el padre, gruesos y descuidados. Algunos tan borrachos que hacían un esfuerzo por caminar.

Tras una breve discusión, uno de los polacos entregó al cabeza de familia una maleta. El viejo, la abrió allí, delante de todos. León no vio que era, pero supuso que dinero. Sacaron varias botellas de vodka y bebieron para celebrarlo. Después, el viejo ordenó a uno de los granjeros que se hiciera cargo de León. Los dos matones miraron por última vez a León y se subieron a un Range Rover negro con matrícula de Frankfurt.

Cuando el coche desapareció, el viejo se acercó al español. Primero lo olió, después lo tocó con una vara y finalmente escupió un flemazo cerca de su rostro.

Fue el primer día de su exilio, abandonado a la mala suerte.

Durante los primeros meses, su existencia se limitó a aprender el alfabeto ruso, los símbolos cirílicos y su pronunciación.

En la familia, ninguno de los miembros tenía la mínima condescendencia con él, ni siquiera la madre. Para ellos, León era un esclavo, un mísero peón que debía de ser amortizado. Los trabajos forzados se limitaban a la agricultura, tareas simples que requerían un esfuerzo físico alto.

Trabajó los músculos, tonificó el cuerpo, ganó peso con una dieta a base de patatas y algún que otro filete de carne cocinado con mantequilla. La rutina se convirtió en un entrenamiento de meditación. Dolor y silencio, el alimento de su odio interno. Que nunca pasara nada, le ayudaba a anticipar lo que hacía, convirtiéndose en un autómatas, dedicándose por completo a su fuga.

Al caer la tarde y tras la cena, los hombres se sentaban alrededor de la mesa para emborracharse con cerveza. Las conversaciones que giraban en torno al tablero, trataban de menudeces, diálogos simples y opiniones vacías. León, comprendía la ignorancia de los presentes, que no distaba demasiado de los que vivían en la ciudad. Al final, reunirse en la mesa trataba de eso: hablar de algo, demostrar la superioridad sobre un tema y cerrar el debate con una opinión final.

El diálogo como forma de imposición.

León aprendió a observar y se dio cuenta lo mucho que el ser humano disfrutaba hablando de sí mismo, así como pidiendo, de un modo u otro, que los demás le dieran la razón o el beneplácito por sus acciones.

Aburrido de aquello, comenzó a dar largos paseos por el pueblo. La gente lo miraba, nadie se atrevía a hablar con él y, sin embargo, todos sabían quién era.

Cuando descubrió que existía una biblioteca municipal en el pueblo, el español aprendió a escaquearse de las mesas redondas cuando los miembros dormían sobre la mesa o perdían el sentido.

Nadie lo echó en falta, y con el tiempo, se dio cuenta de no le importaba a ninguno lo que hiciera en su tiempo libre, siempre que estuviera listo para trabajar.

La biblioteca era un edificio deteriorado habitado por fantasmas y personal con pocas ganas de trabajar. El catálogo, casi todo, en ruso, no aceptaba novedades desde dos décadas atrás. En un rincón, junto a la entrada, tres ordenadores antiguos con monitores de tubo yacían sobre las

mesas, desordenados, polvorientos. Daba la impresión de que nadie sentía interés por utilizarlos.

León se acercó a uno de ellos y accedió a un escritorio gráfico arcaico y monitorizado por un contador de tiempo. El procesador era lento y le costaba escribir en aquel teclado de plástico amarillento. Tras una hora de lucha intensa con el aparato, apreció que uno de los monitores estaba orientado hacia la ventana, impidiendo ser visto por el bibliotecario que leía una revista en la recepción. Sin la mínima discreción, cambió de lugar y probó suerte.

Bingo.

Al conectarse a la red, el módem emitió un sonido brusco y molesto. Agachó la cabeza y miró a la torre que había junto a su pierna derecha. No era una casualidad. Internet era un arma muy potente que no interesaba acoger en aquel lugar y, posiblemente, en el resto del país. Nadie había pedido un cambio de red, así que posiblemente, ningún superior se habría molestado en actualizar los sistemas de acceso. Por otro lado, tener ordenadores conectados a líneas telefónicas individuales simplificaba la situación.

Si alguien hacía algo, sería fácil de localizar. Sin redes inalámbricas ni alta velocidad. Tirando del cable, cortando la red, eso sería suficiente.

León entendió que no sería muy difícil burlar las barreras de seguridad, aunque le llevaría algo de tiempo. Tras bucear en internet, se dio cuenta de que los puertos también estaban cerrados. Cuando intentaba acceder a un buscador, la página no existía o no estaba permitido. Las alternativas eran escuetas: un portal de noticias en ruso y un servicio de correo electrónico altamente sospechoso. Un callejón sin salida virtual que convertía la red en algo tan inútil como una lámpara de cartón.

Salió de la biblioteca contento por haber dado con un comienzo y se dirigió a la estación de tren. Allí llegaban los

hombres que trabajan fuera del pueblo, en la capital o en otras ciudades. La mayoría de ellos tenían vidas paralelas y todos lo sabían, excepto sus mujeres, que preferían creerse sus propias mentiras. Solo alguien que tuviera acceso al exterior le podría echar una mano.

Miró los horarios de los trenes que llegaban de Minsk y tomó nota en un papel que guardó después en su bolsillo. ¿Por qué no lo dejaba todo y salía de aquella ciudad? Se preguntaba a menudo. Dar cuentas a nadie, empezar de cero, una vez más, pensaba.

No era tan sencillo, sin más, tomar un tren, largarse. No allí, no siendo el objetivo de muchos.

¿Cuál sería el precio por su cabeza? Una vez fuera de Pastavy, se preguntaba, la recompensa debía de ser larga.

Podía sentir las miradas anónimas sobre su espalda.

Algo olía a podrido en aquel lugar.

Si Komarnicki lo había escondido, era para que no saliera. Solo una persona descuidada e ingenua, se tomaría la molestia de abandonar a un cuerpo con vida para que meses más tarde apareciera de nuevo en su casa.

Estaba seguro de que cualquier intento sería neutralizado.

Cada paso que daba, una sombra se escondía tras él.

Días después, tras la jornada de trabajo, León se encontraba de nuevo en la estación de tren. Era una noche cerrada y fría. El tren procedente de Minsk llegaba aquel viernes con pasajeros de Pastavy cargados de razones: escasez de dinero y petates vacíos de comida casera. Sin embargo, en ocasiones decían que, los que se iban a Minsk, nunca volvían, ni siquiera por Navidad.

Entre los hombres, un joven con gorra y corte de pelo recto se apeó del vagón. León puso un ojo en él a lo lejos y el chico se dio cuenta de ello. Nadie lo esperaba. Observó la situación y vio que el joven caminaba solo hacia su casa.

Después, el español abandonó la estación y regresó a su casa con el resto.

Durante cuatro semanas, León repitió la rutina cada viernes, asegurándose de que el chico viajaba a la capital y regresaba cada semana a la misma hora. El quinto viernes, León esperó con una agradable sonrisa. A medida que el joven se acercaba a la salida del andén, León caminó cortándole el camino. El joven delgaducho, con la mirada baja, intentó esquivarlo, pero León se interpuso hasta detenerlo con el brazo.

—¡Déjeme! —dijo el chico—. No tengo cigarrillos.

—No quiero nada de ti.

El chico se dio cuenta del acento y vaciló. Por allí, no había extranjeros. Movi6 el hombro para colocarse la bolsa de deporte que cargaba y lo miró a los ojos:

—¿Cómo te llamas?

—Sasha —dijo el chico.

—Escúchame Sasha —dijo León sacando un fajo de rublos bielorrusos—, necesito hablar contigo.

El chico miró los billetes.

—No estoy interesado en tu dinero, déjame en paz.

—Calla y escucha —dijo León. El chico cerró la boca—: Es tarde. Déjame invitarte a un sándwich en la estación.

Caminaron hasta el interior de la estación y León compró dos sándwiches preparados de jamón y pepino en un kiosco. Le dio uno al chico que devoró en segundos y se sentaron en un banco.

El guardia de seguridad los miró al encenderse un cigarrillo.

—¿Por qué quieres ayuda?

El chico sacó un teléfono móvil antiguo y envió un mensaje.

—Necesito que traigas un disco.

—¿Para qué diablos quieres un CD? —dijo el chico.

—Modera tu lenguaje —contestó León—. Quiero que hagas lo que te voy a pedir. ¿Qué sabes de ordenadores?

El chico abrió la bolsa de deporte y enseñó orgulloso un viejo portátil Compaq de color negro.

—Me gustan los juegos de guerra —dijo el chico—. En la residencia tenemos una red local.

—Entonces sabes descargar cosas en internet.

—Más o menos —dijo el chico.

León le explicó que necesitaba un CD con un sistema operativo para iniciar los ordenadores de la biblioteca. El chico lo miraba entusiasmado porque, de algún modo, alguien del pueblo le hablaba de algo que le interesaba por primera vez en su vida. También necesitaba TOR, un navegador que se saltaba los cortafuegos y camuflaba la dirección del ordenador. León le entregó una lista de programas que necesitaría en un segundo disco. Si mantenía correspondencia con alguien, incluso con el chico, tendría que encriptar los mensajes. Pastavy era un lugar tranquilo pero eso no significaba seguro. Puesto que le iba a dar casi todo lo que había ganado trabajando para la familia de alcohólicos, le pidió a Sasha que se hiciera con dos tarjetas de teléfono prepago y un móvil sin conexión a internet, GPS o cualquier cosa que lo rastreara. Una de las tarjetas, la usaría para hacer llamadas y la otra para recibir. Obviamente, al chico solo le explicó lo que quería.

—Hecho —dijo el chico mirando a los billetes—. ¿Y el resto de la pasta?

—Quédatela —dijo León—. Te hará falta.

—No necesito ni la mitad para comprar lo que me pides.

—Tómalo y calla, ¿entendido? —contestó León.

—Tú mandas —dijo el joven.

—Te espero aquí la próxima semana.

Una semana más tarde, Sasha se apeaba en la estación de Pastavy del tren procedente de Minsk. Cargado con su vieja bolsa, sonrió a lo lejos cuando vio a León. Regresaron a

la cafetería, el español tomó dos bocadillos envasados y miró al chico.

—¿Lo tienes todo? —dijo León—. La espera se ha hecho larga.

—Aquí tienes —dijo el joven mirando a su alrededor y sacando un ligero sobre de burbujas—. Me resultó casi imposible encontrar los discos, están obsoletos.

—Te dije dos discos —dijo León algo molesto mirando el interior.

—Ahí tienes todo lo que necesitas —contestó Sasha—. Es un sistema amnésico. Cuando apagues la máquina, se eliminará el rastro. Lo único que necesitas es una conexión a internet.

León lo miró sorprendido con el disco en la mano.

—Vaya —contestó León—. Pensé que solo te dedicabas a matar marcianos.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Sasha quitándole la envoltura al sándwich.

—No es de tu incumbencia —dijo León.

—Es obvio que algo vas a hacer —dijo—. Tramas algo. Si quisieras marcharte de Pastavy, habrías cogido ya un tren, pero no, no puedes, alguien te retiene aquí.

—No te pases de listo —dijo León. Lo cierto era que el español necesitaba aliados. El plan, todavía en bruto, tenía como objetivo llegar a Varsovia. A través de la red, pagaría por una entrada limpia al país, bajo soborno y sin inspecciones. Ciudadanos ucranianos y bielorrusos lo habían hecho anteriormente para cruzar la frontera y evitar problemas jurisdiccionales. En el pueblo, todos sabían que la mejor forma era a través de Lituania, pues desde que Komarnicki había llegado al poder, buscaba la manera de reunificar los territorios que en el pasado pertenecieron a la vieja Polonia. Abrir las puertas al país vecino para ofrecerles un trabajo digno, era una estrategia pueril para esclavizarlos.

León encendió el teléfono, un viejo Ericsson de tapa negra.